

CALÍBAR el rastreador

Informe estratégico sobre Argentina

Comité de redacción:

Pablo Ricardo Álvarez
Fabián Calle
Francisco de Santibañes
Alejandro M. Estévez
Matteo Goretti

CALÍBAR el rastreador es un informe estratégico sobre Argentina. La propuesta es brindar análisis e interpretaciones y ofrecer escenarios, que favorezcan tanto el debate como la toma de decisiones. No es un informe de prensa, no nos ceñimos a la lectura de los medios ni centramos nuestro interés en el día a día. Tampoco planteamos las ideas a través del eje amigo-enemigo del gobierno, de sectores o de grupos. Consideramos que una manera de contribuir al desarrollo del país es crear un espacio que ofrezca mayor profundidad en el análisis, con una mirada estratégica y un interés centrado en lo que podría pasar más que en lo que ya pasó.

Calíbar era un gaucho del interior admirado por Domingo F. Sarmiento, quien lo retrató en *Facundo*, libro escrito en 1845. Calíbar hacía de rastreador, es decir, seguía huellas y pisadas que quedaban impresas en el terreno, un oficio esencial en un país extenso y recorrido por llanuras. Sus ojos leían el suelo; su mirada profunda le permitía seguir rastros, incluso los que el tiempo había borrado. Lograba descifrar lo que estaba oculto. Convertía los indicios en evidencias. Interpretaba lo incomprensible. Poseía cualidades que cobran actualidad y relevancia en la Argentina de hoy.

El veto de Macri favorece el consenso

El veto es una prerrogativa presidencial, legal y constitucional, que incentiva el logro de acuerdos entre gobierno y oposición cuando el Presidente carece de mayoría propia en el Congreso. A diferencia de lo que se dice, Macri vetó solo una ley desde que asumió la presidencia y como jefe de gobierno de Buenos Aires utilizó esta herramienta menos que sus predecesores Ibarra y Telerman.

Hizo bien el presidente Macri en vetar la llamada “ley antidespidos”. En las actuales circunstancias, en las que el gobierno no tiene mayoría en el Congreso de la Nación, el veto es una señal a los legisladores de la oposición para que moderen sus pretensiones y busquen acuerdos.

Recordemos que el veto es un recurso legal exclusivo del Poder ejecutivo. Está regulado en la Constitución (art. 80) y su uso no está condicionado a situaciones especiales; tampoco tiene límites, ya que el presidente puede vetar las leyes cuando lo considere necesario. El Poder Legislativo y el presidente de la Nación intervienen por igual en el proceso de aprobación de las leyes.

Esta “igualdad” de ambos poderes en el proceso legislativo es propia de los sistemas presidencialistas, como el argentino, ya que la legitimidad del Presidente y del Congreso proviene del voto popular. Consecuentemente, la Constitución argentina distribuyó entre ambos los recursos institucionales necesarios para gobernar y, a la vez, para incentivar relaciones simétricas y colaborativas que favorezcan cierto equilibrio.

En el plano legislativo, el consenso entre ambos poderes se expresa con la sanción de las leyes por el Congreso y la posterior promulgación por el Poder Ejecutivo. Por su parte, el veto es la manifestación de la falta de acuerdo entre ambos poderes.

Llama la atención la dura reacción del Partido Justicialista al veto de la “ley de antidespidos”, que afirmó que “el Presidente vuelve a demostrar su poco apego al respeto por las instituciones (...) Al igual que lo había hecho en la Ciudad de Buenos Aires, vetando más de 100 leyes aprobadas por la Legislatura, volvió a apelar a la prerrogativa del veto para hacer caso omiso de la voluntad popular expresada en el Parlamento Nacional (...) El Partido Justicialista no permanecerá callado ni será testigo mudo cuando se pretenda avasallar el orden institucional (...)”.

Como señalamos al comienzo, en las actuales circunstancias, en las que el gobierno no tiene mayoría propia en el Congreso, el uso del veto presidencial favorece el equilibrio entre los poderes. Además, el veto –o la amenaza de que será utilizado– es un recurso que promueve las prácticas democráticas, favorece el debate y la negociación, e incentiva la búsqueda del consenso. Pone límites a las mayorías legislativas de la oposición, y a sus eventuales intentos de sustituir el régimen vigente por un “gobierno del Congreso”. Por su parte, el presidente, carente de una mayoría parlamentaria propia, está obligado a negociar con la oposición y a construir mayorías circunstanciales para la sanción de sus iniciativas.

El veto es, por lo tanto, un indicador de las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo. Expresa las diferencias de criterio entre ambos poderes y también, como señalamos, la ausencia de una mayoría legislativa que responda al presidente.

En los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, la preeminencia de la Presidencia estuvo facilitada por una mayoría legislativa que respondía a la voluntad del Poder Ejecutivo, hasta tal punto que nuestro Congreso fue definido como “escribanía del Poder ejecutivo”.

Finalmente, la recurrente acusación de la oposición de que Macri es un “vetador serial”, no se condice con los hechos: durante sus ocho años como jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, él vetó el 4,5% de las leyes sancionadas, muy por debajo del 6,6 % de Aníbal Ibarra, e incluso menos que el 4,7% de Telerman.

En los más de cinco meses de gestión como presidente, Mauricio Macri sólo utilizó el veto en esta ocasión.

Sigue por ahora la luna de miel de Macri

La valoración positiva de Macri orilla el 50%. El clima y las expectativas de la población caen, aunque se mantienen en niveles altos a casi seis meses de iniciada la nueva gestión. La ausencia de una alternativa y la esperanza de que esta administración resolverá los problemas, contribuyen a mantener el nivel de apoyo al gobierno.

Uno de los mayores latiguillos usados por analistas y la prensa al comienzo de un nuevo gobierno es el de “la luna de miel” del recién llegado con la población. Algunos dicen que este período de gracia se extiende entre los 100 y los 180 días desde el inicio de la gestión. En este lapso, las expectativas positivas de la sociedad se mantienen altas y las demandas se moderan y se postergan.

A su vez, este es un período en el que el gobierno debe tomar decisiones claves para lograr un mejor desarrollo de sus planes y para tratar de mantener altos los apoyos de la opinión pública. En sus primeros 180 días, el presidente Macri sinceró el valor del peso en relación con el dólar a través de una devaluación, acordó con los *holdouts* y comenzó a normalizar los precios de las tarifas. La mayor inflación y el aumento en los servicios públicos y en el transporte, afectaron a la población.

Cumplidos casi seis meses desde que Macri asumiera la presidencia, la valoración positiva del gobierno sigue alta, orilla el 50%. También permanecen altas las expectativas futuras: la opinión pública, si bien se manifiesta preocupada por el aumento en los precios y por la posibilidad de pérdida del trabajo, mantiene la esperanza de que el gobierno resolverá los problemas y logrará devolver cierta normalidad.

Sin embargo, como suele suceder, en estos meses hubo una erosión en el clima de confianza y en el nivel de expectativas.

Si observamos el índice que todos los meses entrega la Universidad T. Di Tella, la confianza del consumidor (ICC) cayó en abril 10,3% en relación al mes anterior, y 18,3% respecto de abril de 2015. El dato más revelador surge al descomponer los números por región: la caída en abril respecto a marzo fue muy acentuada en el Gran Buenos Aires (11,9%) y en el interior del país (11,7%), mientras que fue bastante menor en la ciudad de Buenos Aires (2,5%).

Desde que el nuevo gobierno asumió en diciembre, el ICC tuvo caídas todos los meses, salvo en el mes de marzo, que tuvo un repunte del 5,6% respecto de febrero. El promedio de diciembre a abril marca una caída del 21,9%.

Es posible que las caídas en los meses de diciembre 2015 y enero y febrero 2016 estén asociadas al aumento de la inflación por la devaluación, mientras que la disminución de abril 2016 encuentre su explicación sobre todo en el importante aumento de las tarifas de los servicios públicos que comenzó a regir por entonces.

Marzo de 2016, único mes que marcó un aumento en el índice de confianza del consumidor, estuvo signado por varios eventos positivos que pudieron haber mejorado

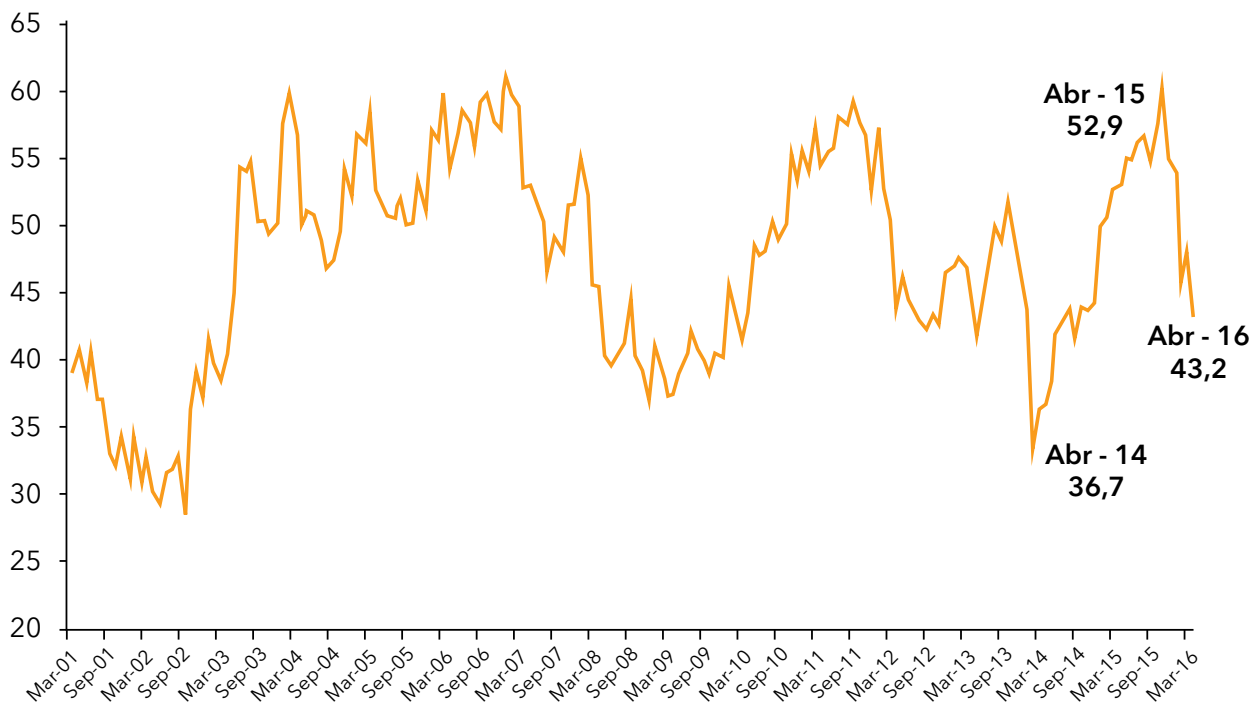
el clima como, por ejemplo, la visita a nuestro país del presidente Obama y los fuertes anuncios del gobierno en materia social (universalización de la asignación universal por hijo -AUH- y devolución del IVA a jubilados).

Si observamos ahora los guarimos del índice de confianza del consumidor registrados a los seis meses de iniciadas las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner (10 de diciembre de 2007 y de 2011), advertimos que están en un nivel cercano del dato correspondiente a la gestión del presidente Macri.

Esta comparación también es relevante porque el ICC ha demostrado tener una correlación positiva con la intención de voto de la población.

En el plano de la política, el peronismo ha tratado de aprovechar el incipiente cambio de clima y de expectativas promoviendo algunas acciones de sus diferentes vertientes: del kirchnerismo, con la importante presencia mediática de la ex presidente Cristina Fernández de Kirchner luego de declarar en Comodoro Py; del sindicalismo, a través de la movilización del 29 de abril pasado; y del peronismo no kirchnerista mediante el fuerte debate público por la ley "antidespidos" que, finalmente, el presidente Macri vetó.

Estos episodios de la política, y los datos relativos a la confianza de la población, no son suficientes como para sostener que ha terminado la luna de miel del gobierno, pero si marcan una tendencia en esa dirección. La ausencia de una alternativa clara mantiene en alto las expectativas de la población. Queda el interrogante acerca de cuánto tiempo más podrá el gobierno mantener este nivel de confianza y de cómo se irá modificando hasta las elecciones del año próximo.



Fuente: Universidad Torcuato Di Tella

Cómo ven a la Argentina los decisores norteamericanos

La opinión generalizada es que Macri está tomando las decisiones correctas y que está en condiciones de conducir el país por la senda del desarrollo. La expectativa es grande. La agenda bilateral y regional. Brasil y China.

Por esas vueltas del destino, en momentos que en América Latina se percibe un repliegue de los gobiernos populistas (potenciado por el fin de ciclo del aumento de los precios de las materias primas), en el epicentro del mundo Occidental y democrático, o sea los EE.UU., el candidato republicano Trump hace mella en los partidos tradicionales y el saber convencional de la política americana.

Para cualquier observador medianamente atento, la retórica de Trump se encarna en una vieja tradición europea y latinoamericana. Como si la taba hubiera caído al revés, imaginémonos el desafío que podría representar para los gobiernos moderados de nuestra región la llegada al poder de Trump; que Macri, eventualmente Temer en Brasil y el no chavista que podría ascender próximamente a la presidencia de Venezuela, tuvieran como interlocutor de la principal potencia mundial a un polarizador como Trump, más parecido a los viejos gobiernos de América del sur, hoy en retirada.

El gobierno argentino tomó la decisión clave de acercarse a Washington y al mundo. La potencia del norte respondió rápidamente con gestos contundentes al sumar a nuestro país al histórico periplo que el presidente Obama emprendió por América Latina y que incluyó a los dos países más esquivos de su "patio trasero".

Este viaje, considerado un verdadero éxito, se da en un tablero internacional y regional complejo y distinto a otros dos momentos claves de la relación bilateral. Nos referimos a 1989 y a 2005. Recordemos que en 1989 nuestro país también protagonizó un fuerte acercamiento a la potencia unipolar que surgía victoriosa de la Guerra Fría. En 2005 el péndulo cambió de lugar, y el distanciamiento fue escenificado abiertamente por el presidente Kirchner en la Cumbre de Presidentes de Mar del Plata. Estaba surgiendo un mundo multipolar con la repotenciación de Rusia de Putin y el ascenso de China.

En América Latina, el ciclo populista emergente adquiriría la semántica del progresismo tradicional, profundamente antinorteamericano. Junto con Kirchner, el fenómeno político y económico de Lula y su PT en Brasil, Evo en Bolivia, Correa en Ecuador y el Frente Amplio en Uruguay, se sumaron para confirmar un nuevo esquema de relacionamiento de Buenos Aires con Washington.

En realidad, la historia de las relaciones entre Argentina y Estados Unidos debe ser interpretada a través del eje acercamiento-confrontación, es decir, de los ciclos que nos han aproximado y alejado del país del norte.

¿Cuál será la política exterior de los Estados Unidos en América latina? Su agenda contiene un listado reducido de temas.

Uno de ellos es Brasil. Obama y Macri hablaron de esto. A los Estados Unidos le preocupa mucho la inestabilidad política y económica de nuestro vecino. En primer lugar, por su tamaño y liderazgo. Además, porque Brasil siempre fue el interlocutor relevante de la región con el país del norte. Durante las dos presidencias de Lula, su gobierno implementó un mecanismo de estipulación de las rebeldías y sus límites, mostrándose cercano a los Estados Unidos pero a la vez "comprensible" con las actitudes antinorteamericanas de Kirchner, Chávez y Maduro. Este lugar le permitió a nuestro vecino desarrollar un doble rol: por un lado, el de interlocutor serio, pragmático y racional en Washington, Europa y el mundo occidental; por otro, el de intérprete y mediador con los países "rebeldes" de la región.

El segundo tema regional de la agenda norteamericana es China. Estados Unidos conoce y monitorea (y le preocupa) el creciente peso económico, comercial y por ende político de China en América Latina, y en especial las "relaciones carnales" que inauguró el kirchnerismo con la potencia asiática. Por el momento todo indica que el régimen comunista no ha cruzado ninguna línea roja crítica para los intereses de seguridad nacionales de los EE.UU. en tierras latinoamericanas, ni siquiera con las tan meneadas antenas satelitales en Neuquén. Según nuestras fuentes, esta preocupación se hizo presente en las reuniones bilaterales entre las segundas líneas de ambos gobiernos.

Algunos sostienen que los Estados Unidos han perdido su capacidad de reacción ante este tipo de eventos. Sin embargo, una lectura más profunda permite sostener que históricamente la Casa Blanca ha pasado rápidamente de una postura reactiva a otra más activa en temas regionales, y que el detonante de los cambios ha sido, casi siempre, la menor o mayor presencia o penetración de otras potencias extra-regionales. En principio, el caso chino tiene todos los condimentos para que Washington asuma una postura de "Grand Strategy", es decir, una posición activa a través de la implementación de políticas más articuladas entre economía, seguridad, defensa, inteligencia y educación en los países al sur del Río Bravo, y en especial al sur del Canal de Panamá.

En tercer lugar, forman parte de la agenda norteamericana los tradicionales temas de seguridad y narcotráfico. Siempre estuvieron allí. Obama se los recordó a Macri y éste le comunicó a su interlocutor que los pondrá al tope de las prioridades, como bien conocen Arribas, jefe de la AFI (ex SIDE), y Burzaco, Secretario de Seguridad.

Con Brasil en problemas, al gobierno norteamericano le preocupa la ausencia de un líder regional. Los decisores del país del norte creen que la solución a la crisis que atraviesa nuestro vecino demandará varios años. Resulta improbable que Washington quiera delegar la "supervisión" y parte de la interlocución con América Latina a un Brasil en crisis y con su dirigencia dividida y más necesitada de mirar adentro que afuera de su país. México, por otra parte, se encuentra demasiado lejos de los países de América del sur -no solamente en términos geográficos, sino también económicos y políticos- como para poder aspirar a asumir un rol de mayor liderazgo.

Buenos Aires se presenta entonces como una opción interesante. Queda pendiente saber si el gobierno de Cambiemos aceptará este desafío, más allá de la retórica.

Los decisores y formadores de opinión norteamericanos acuerdan que Macri inició un proceso virtuoso de normalización interna y externa; elogian la visión y la valentía del Presidente. Surgen, sin embargo, opiniones encontradas acerca del futuro. Algunos consideran que la coyuntura es propicia para que nuestro país asuma el liderazgo regional. Otros, más cautos, recuerdan cómo lo perdimos, y sostienen que para retomar

ese lugar y poder mantenerlo, Argentina deberá reformar sus instituciones, terminar con los múltiples e históricos privilegios sectoriales, abrirse e integrarse en serio al mundo, y respetar los derechos humanos, los contratos y las libertades, para recorrer con éxito el camino del desarrollo. Son muchos desafíos para un país con baja tolerancia al cambio y aversión a la normalidad.

La opinión generalizada es que Macri tomó las decisiones correctas y está en condiciones de conducir el país por la senda del desarrollo. La expectativa es grande.

El resultado de esta epopeya dependerá, también, de la configuración que adopte el tablero de la política internacional, y de si Macri tendrá que articular con Hillary o con Trump.